EN "ESPAÑOLES EN ORBITA", MARINO GOMEZ-SANTOS HA REUNIDO NUEVE HOMBRES EXCEPCIONALES DE HOY

- «La entrevista es un género literario, como lo es el cuento y puede serlo el artículo»
- «Azorín y Lola Flores, los dos personajes más difíciles»

SIN premeditación alguna, este encuentro conversacional mío con Marino Gómez-Santos alquiere escenografía y enlaza, directamente, con las aguas profundas del recuerdo. Primeramente escuchemos la voz de Rafael Alberti que Marino se trajo grabada de Roma en su magnetofón portátil. Versos de su libro «La pintura», dichos por el poeta de «Marinero en tierra», todavía con un reflejo lejanísimo de acento gaditano. Luego fué el derramar la vista por esas páginas autógrafas de Baroja, donde la caligrafía —siempre de escritor, nunca de médico— es un mimo para la idea. Las tachaduras, concienzudamente ennegrecidas, aparecen con frecuencia musical en los renglones, algo así como un entornar de ojos ante la luminosa evidencia de los vocablos. Y están los cuadros. Y los libros. Por las paredes, las firmas de Benjamín Palencia, Enrique Segura, Pepe Caballero, Clavo y Paulino Vicente, el pintor astur que murió joven. Suyo, un retrato de Marino casi niño. La virtud del escritor al que visito es virtud esencial de quien pretenda vivir de la pluma: su extraordinaria capacidad de trabajo. Aprovecho una recalada —entre tren y tren— desde Gijón a Madrid, con vuelta rápida, para encontrarme con él. Cuando llego trabaja sobre los capítulos finales de «La reina Victoria Eugenia, de cerca», su libro biográfico de la esposa de don Alfonso XIII. La conversación camina libremente. Sin sujeción a normas. Un buen rato hablando de todo y para todo, y, al fin, buscando una brisa imposible en la calurosa tarde, nos asomamos al balcón de este pisito de Marino, en casa nueva de la parte más moderna de Ventas. Encuentro cierta similitud de actitudes con una lejana entrevista que yo hice a Marino...

—Fué en una pensión-hotel de la plaza de Benavente. Eras muy joven, casi recién llegado a Madrid, y hablamos de un libro tuyo...

—Lo recuerdo perfectamente —enlaza Marino—. Estaba yo haciendo el servicio militar. Me encontraba de permiso en ese hotel, próximo al teatro Calderón. Me había dado el permiso el general Esteban Infantes...

—¿Sobre qué libro tuyo hablamos? ¿Acaso de la «Crónica del café Gijón»?

—Por el tiempo, debió ser sobre «Baroja y su máscara»...

—¿Qué publicaste después de aquello?

—Bastantes libros de entrevistas y algún otro de biografía o crónica literaria. Verás: «Mujeres solas», «Diálogos españoles», «Mundo aparte», «Gregorio Marañón cuenta su vida», «Crónica del café Gijón», «Fígaro o la vida de prisa», y después, todas las entrevistas que aisladamente me publicó Editorial Plaza...

He venido a hablar con Marino Gómez-Santos de un libro que aquilata y centra su tarea de gran entrevistador. Está a punto de asomarse a los escaparates de las librerías y quiero obtener primicias de su autor en cuanto a la línea y significación entrañable de la obra. El título ya es un acierto: «Españoles en órbita». La edición, realizada con finura y limpieza tipográfica, ilustrada cuidadosamente, es de Afrodisio Aguado. Nueve españoles importantísimos hablan aquí: Alejandro Casona, José Iturbi, Emilio Romero, José Luis Sáenz de Heredia, Pablo Sorozábal, César González-Ruano, Juan Ignacio Luca de Tena, el conde de Mayalde y Pepe Luis Vázquez. Sus confesiones dan la temperatura de un país, España, también en órbita. Pero antes de hablar de este libro quizá sea conveniente escucharle a Marino la historia de sus entrevistas:

—En 1957 —me dice—, cuando regresé del servicio militar, Emilio Romero me regaló la idea de hacer la sección «Pequeña historia de grandes personajes», que en España no se había hecho nunca, por la sencilla razón de que era muy difícil encontrar alguien con generosidad capaz de dedicar seis páginas seguidas de un periódico a un personaje vivo y coleando, y no para el elogio de un muerto, que es lo que en este país se acostumbra a hacer. Se comenzó por darme media página. A partir de la segunda entrevista, que fué la de Domingo Ortega, se me dió una página completa. Así he estado siete años seguidos, coronando la sección con la entrevista de la reina Victoria Eugenia.

—¿Cuál fué tu primera entrevista en la sección?

—La de Bobby Deglané.

—Tu sección, ¿ha tenido imitadores?

—Han intentado copiarla varias veces en Barcelona y en Madrid, pero con tan poca fortuna, que las han suprimido luego. Porque no consiste su eficacia en la forma de escribirla, sino en saber elegir en un momento determinado a los personajes. Y ésta es cosa que en mi caso ha arbitrado siempre el director. Emilio Romero era el que me sugería personajes. A veces yo pensaba que algunos de ellos no tenían demasiado contenido y luego me sorprendía al ver que lo tenían y daban de sí más de lo que yo pudiera pensar.

—Tus entrevistas han sido acontecimiento nacional...

—Efectivamente. Creo que fué hace dos años, cuando una tarde estaba yo trabajando en casa y Emilio me llamó por teléfono: «¿Qué haces?», me preguntó. «Estoy trabajando», le dije. Y entonces me propuso: «¿Por qué no reunimos a los cien personajes de tus entrevistas en el Castellana Hilton y les ofrecemos una cena homenaje? Puede ser «la cena de los grandes personajes». Yo le dije que la idea me divertía mucho. Se puso en práctica y resultó un gran éxito. Fué algo que no se hizo nunca en el periodismo español. Porque no hubo director a quien se le ocurriera hacerlo.

—Antes de éstas, ¿hiciste otras entrevistas?

—Sí; comencé a hacer en PUEBLO unas entrevistas que titulaba «Conversaciones bajo palabra de honor». Creo que fueron las que me fijaron en Madrid. Si Wenceslao Fernández Flórez dijo que a él le hizo falta un solo artículo de «A B C» para quedarse en Madrid, a mí me bastaron tres entrevistas al lado de Emilio Romero para quedarme. La primera que publiqué fué con Camilo José Cela, que elogiaba sólo a escritores muertos. En esta etapa no llegué a la media docena. Entre ellas, Carmen Laforet, Buero Vallejo, Benavente...

—¿Hasta qué punto consideras la entrevista género literario?

—Es un género literario como lo es el cuento y puede serlo el artículo. Tiene mucha posibilidad de creación, de atisbo, de matiz. A veces, de un hombre que tiene poquísimo que decir, como, por ejemplo, el ventrílocuo Balder, puedes hacer un reportaje dramático con todas las características de un cuento de Chejov. Es el hombre que ha terminado su vida artística, está al borde de los noventa años y después de mucho tiempo saca de sus grandes baúles sus muñecos, los arma, los pone en pie, dialoga con ellos y se emociona al revivir episodios que han sido la razón de su vida...

—Tú, ¿vives también esas emociones?

—¿Cómo no? Hay veces que asistes a otra vida dramática en activo: la del torero que se viste para ir a la plaza; que le acompañas; que te quedas luego como espectador en la barrera; que participas emocionalmente de lo que ocurre en el ruedo; que sigues luego viaje con él y haces parada en una venta y le vuelves a ver en otra actuación taurina. También es el cirujano, a quien ves cómo se coloca los guantes de goma para entrar en el quirófano, o la gran actriz que perdió su belleza y juventud y continúa haciendo papeles de característica o se ha retirado a la pobreza de una buhardilla, sostenida por un mísero retiro... En fin, yo creo que ésta es una gran experiencia para poder un día escribir novelas. Haber conocido antes, en caliente, a los hombres y sus circunstancias.

—¿Cuál es tu técnica de entrevistador?

—Consiste en enterarme, cuando es posible, del «curriculum vitae» o, por lo menos, de la nota biográfica telegráfica de la persona, pero, sobre todo, en tirarme en paracaidas sobre su casa y comenzar a conversar con él, pero sin cuestionario. ¡Odio el cuestionario! Entonces voy acercándome cada vez más, voy dando confianza y recibiéndola, compenetrándome, en fin. A veces, mientras aguardo, un cuadro, un libro, un mueble, me identifican, de golpe, al personaje que voy a entrevistar.

—Para toda entrevista, ¿no es precisa una cierta corriente en el entrevistado y el entrevistador?

—Muchas veces, esa corriente no se produce. El personaje que vamos a ver es un hombre que teniendo grandes aptitudes personales es una persona hermética. ¡Esa es la entrevista difícil!

—Entre las tuyas, ¿cuáles recuerdas de ese tipo?

—Creo que las más difíciles que he hecho en mi vida fueron las de Azorín, que se encerraba en mutismos larguísimos, pero que tenía un gran ambiente a su alrededor, y la de Lola Flores, también con un gran fondo de gitanos, de objetos, de cosas que había en torno de ella y que te ayudan mucho a identificar la persona.

—Tu técnica de entrevistador, ¿ha evolucionado en estos años?

—Bastante. Cada vez pretendo que la entrevista sea más una semblanza literaria. Las declaraciones recibidas tienen a veces un gran interés profesional; pero generalmente, lo que le interesa al lector es lo que me interesa a mí: cómo se mueve este personaje, cuáles son sus fobias, sus preferencias; cómo se dirige a la gente que le rodea en su ambiente íntimo, el modo como se sienta. Más que tomar literalmente lo que dice, a mí lo que me gusta ya es hacer apuntes rápidos, como si fueran bocetos al carbón, de sus movimientos.

—¿El personaje más sincero de los que entrevistaste?

—Ha habido muchos que fueron enormemente sinceros. Pero el que lo ha sido más plenamente es Emilio Romero en la entrevista que publico en «Españoles en órbita».

—¿Qué aglutina o aconseja la reunión de los nueve personajes en este último libro tuyo?

—Son cartas de la baraja. Cada uno en su especialidad es un español excepcional. Hombres de los que se habla todos los días. Puedo decirte que la entrevista de José Luis Sáenz de Heredia es la más graciosa; la del marqués de Luca de Tena es la biografía de una dinastía de periodistas y de una gran vocación política; la de Emilio Romero quizá sea la más aguda y la que tiene mayor garbo literario; la de Iturbi es una conversación con el hombre cosmopolita; la de Mayalde, crónica admirable de unos años de la corte de España. A la de César González-Ruano podría aplicarse aquello que dijo de él Víctor de la Serna: que tiene en todas sus cosas la media verónica. La de Pepe Luis Vázquez está llena de candor. La de Casona es una conversación entre brumas de los montes astures, como su poesía y su teatro, bruma que acerca y que separa. Y la de Sorozábal quizá sea la más patética...

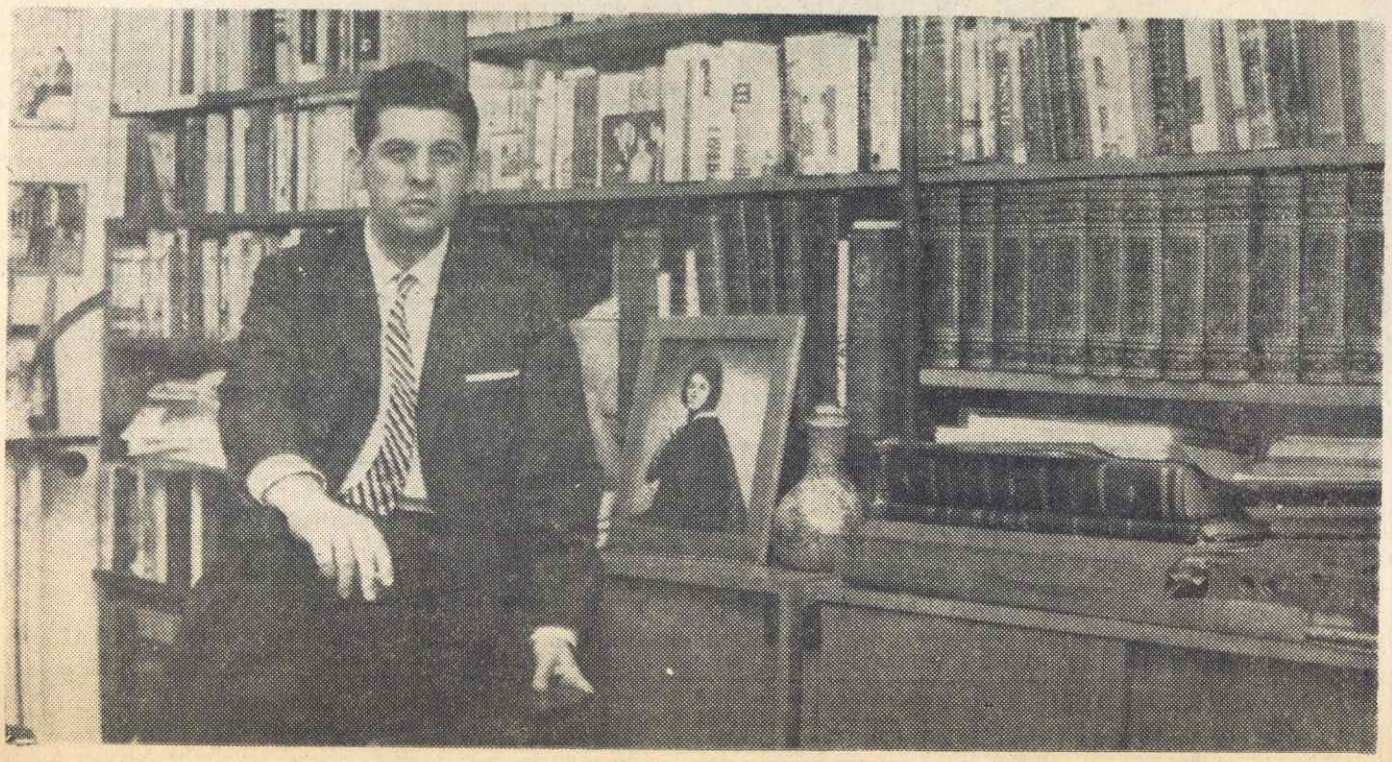
Marino agrega:

—Di que éste es el libro que mejor me han editado en mi vida.

—¿Cuál es el más entrañable para ti?—le pregunto.

—Suele decirse que el libro más entrañable es siempre el último, pero yo tengo que reconocer que, con sus muchos defectos de técnica y de precocidad literaria o profesional, los que recuerdo con más cariño son «Baroja y su máscara», y después, «Marañón cuenta su vida».

Han transcurrido dos horas largas. Dejamos la entrevista aquí. Pienso que entre la vida de sus personajes también cuenta la de Marino Gómez-Santos, el escritor asturiano que en plena adolescencia llegó a Madrid y, a fuerza de talento, lucha y trabajo, se ha labrado una sólida personalidad en el periodismo y la literatura actuales.

Julio TRENAS

(Fotos Torremocha.)